

STUDIA THEOLOGICA MATRITENSIA 28

SERIES LE GUILLOU 15

# Marie-Joseph Le Guillou Textos sobre la Iglesia

EDICIÓN E INTRODUCCIONES

Gabriel Richi Alberti

ESTUDIOS

Gabriel Richi Alberti

Santiago Madrigal Terrazas SJ

Michele Taba

2020

© Ediciones Universidad San Dámaso

Jerte, 10

E-28005 Madrid

ISBN: 978-84-17561-10-9

DL: M-16764-2020

© De los textos de Marie-Joseph Le Guillou: Association Père  
Marie-Joseph Le Guillou op.

© De esta edición: Ediciones Universidad San Dámaso.



EDICIONES  
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO



LA IGLESIA SACRAMENTO,  
NOCIÓN CLAVE DEL  
CONCILIO VATICANO II

Santiago Madrigal Terrazas SJ  
Universidad Pontificia Comillas-Madrid

Al lector familiarizado con la reflexión eclesiológica del p. Le Guillou no le sorprenderá que esta aproximación a sus *Textos sobre la Iglesia* adopte como línea directriz la noción de Iglesia sacramento. Rápidamente le puede venir a la mente el pasaje de esa síntesis global de la enseñanza del Concilio Vaticano II que es *El rostro del Resucitado*, donde afirma: «Al igual que Jesucristo es, en su humanidad, el sacramento de Dios, la Iglesia es el sacramento de Jesucristo»<sup>1</sup>. Así, en términos muy semejantes, se había expresado Henri de

---

<sup>1</sup> *El Rostro*, 167.

Lubac en 1953, en su obra pionera *Meditación sobre la Iglesia*: «Ella es en el mundo el sacramento de Jesucristo, de igual manera que el mismo Jesucristo es para nosotros, en su humanidad, el sacramento de Dios»<sup>2</sup>.

En uno de los fragmentos inéditos de los que nos vamos a ocupar se lee esta declaración: «Si l'on me demandait quelle est la notion-clé de Vatican II, je répondrai sans hésiter qu'il s'agit de la notion de l'Église comme sacrement». Es una afirmación que sostiene una «larga conferencia» pronunciada antes de la publicación de *Le visage du Ressuscité*, y que aparece literalmente en el artículo *La sacramentalité de l'Église*, publicado en 1968 en la revista *La Maison-Dieu*<sup>3</sup>. Ambos textos, que comienzan con las mismas palabras, —«Par un paradoxe inattendu»— están estrechamente emparentados. Ambos textos componen una unidad temática que vamos a privilegiar en este estudio del pensamiento eclesiológico de nuestro dominico.

No obstante, antes que nada, quisieramos justificar esta opción metodológica, examinando cómo ha cristalizado esta perspectiva sacramental en los *Textos sobre la Iglesia*, un cuerpo doctrinal que se sitúa en esa banda temporal transcurrida entre los años 1957 y 1967<sup>4</sup>. Partimos, por tanto, de este interrogante previo: ¿dónde y cómo aflora en ellos la noción de Iglesia-sacramento?

2 Cf. S. MADRIGAL, *Tradición jesuítica en materia eclesiológica* (Real Academia de Doctores de España, Madrid 2010) 32-46, aquí 45. En realidad, ya en su libro *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma* (1938), el jesuita francés había avanzado este planteamiento: «Si Cristo es el sacramento de Dios, la Iglesia es para nosotros el sacramento de Cristo, ella le representa, según toda la antigua fuerza del término: nos lo hace presente en verdad».

3 Cf. M.-J. LE GUILLOU, «La sacramentalité de l'Église»: *La Maison-Dieu* n. 93 (1968) 9-38, aquí 13. *Por una paradoja*..., supra 298.

4 Cf. M.-J. LE GUILLOU, «La sacramentalité de l'Église»: *La Maison-Dieu* n. 93 (1968) 9-38, aquí 13. Queda fuera de nuestra consideración el último texto (VII), *L'Église libre au souffle de l'Esprit*, de 1978, que es el único en el que está ausente la perspectiva sacramental.

## I. PLANTEAMIENTO Y ACOTACIÓN DEL TEMA:

### LA IGLESIA-SACRAMENTO EN EL MISTERIO TRINITARIO

Nuestra primera constatación suena así: la concepción sacramental de la Iglesia está apuntada en aquellos textos en los que Le Guillou hace una presentación de la enseñanza del Concilio Vaticano II (1962-1965). Así ocurre, aunque de pasada, en primer lugar, en el artículo *La constitución sobre la Iglesia*, que vio la luz el 16 de diciembre de 1965, pocos días después de la clausura del Concilio. Se trata de un comentario divulgativo de *Lumen gentium* que arranca de la consideración de la Iglesia en el Misterio trinitario<sup>5</sup>.

Otro tanto se constata, si bien con una intensidad mucho mayor, en el texto posterior a la clausura del Vaticano II titulado *Hacia la plenitud católica*, donde asocia el tema del ecumenismo a «una visión sacramental de la Iglesia» y hace una llamada a todos los cristianos a la conversión al Misterio de la Iglesia<sup>6</sup>. El lema de la Iglesia como sacramento de salvación ahora también intensamente en la conferencia pronunciada ante el Consejo Nacional de Fraternidades de Charles de Foucauld, en 1967, *Misión de Cristo, misión de la Iglesia, misión del cristiano*. En este caso, la sacramentalidad está al servicio de la formulación teológica de la misión de la Iglesia<sup>7</sup>. Ahí leemos: «Misterio o sacramento, la Iglesia se descubre a partir de su fuente: el misterio trinitario»<sup>8</sup>.

6 «En Jésus-Christ, amine, vivifié, sanctifié par l'Esprit, l'Église est le Peuple rassemblé à l'image de l'unité du Père, du Fils et de l'Esprit. L'Église descend donc de Dieu pour être le sacrement du salut du monde. C'est ainsi une vision ecclésiale toute dynamique que s'impose à nous: elle ne part pas immédiatement des structures visibles de l'Église, mais de sa source même, de la Trinité » (...)

7 «C'est dans l'Esprit-Saint, Esprit de communion dans l'Amour, que l'Église tout entière est constituée comme sacrement universel du salut, c'est-à-dire comme signe et instrument du salut que Dieu veut étendre à tous les peuples du monde». *La Constitution de la Iglesia*, supra 186-187.

8 Véase en *Hacia la plenitud católica*, la sección titulada «Un ecumenismo lié à une vision sacramentelle de l'Église», supra 211-224.

9 Véase en *Misión de Cristo, misión de la Iglesia, misión del cristiano*, la sección «L'Église et sa mission», supra 263-271.

10 Supra 267. Además *El Rostro*, 171.

Aquí resuena el tema mayor en el pensamiento de nuestro dominico, la categoría paulina de Misterio, que es el eje del pensamiento teológico de M.-J. Le Guillou<sup>10</sup>. Por aquí se abre paso nuestra segunda constatación: esta reflexión sobre el misterio trinitario es predominante en los escritos más primerizos de esta recopilación de textos, es decir, en los textos previos a la celebración del Concilio. Así ocurre tanto en la serie *La Iglesia, morada de la gloria* (de 1957-1958) como en *Palabra, Misterio y comunión* (de 1961)—, donde se ve emerger la sacramentalidad de la Iglesia en y a partir del lenguaje del misterio.

El mejor ejemplo de lo que acabamos de decir nos lo ofrece uno de los fragmentos de la serie *La Iglesia, morada de la gloria*. Se trata del primero de ellos, *La Iglesia, manifestación de la santidad divina*, donde aparecen de forma condensada los datos bíblicos que sustentan la teología paulina del Misterio. La reflexión del p. Le Guillou arranca de este dato: «la Iglesia es el pueblo de Dios que ha llegado a ser el cuerpo de Cristo»<sup>11</sup>. A la hora de explicar la imagen paulina del cuerpo de Cristo recurre de manera especial a los textos de las epístolas a los Efesios (1,20-23; 4,10-16) y a los Colosenses (1,18; 2,19) para concluir:

(esta expresión) designa aquí a la Iglesia en el misterio de su vinculación con el Cristo glorificado: el Cristo resucitado, devenido Espíritu vivificante, es la Cabeza del Cuerpo, pero una cabeza en cierta manera distinta de su cuerpo, y que es origen y causa del influjo vital de gracia para todo el cuerpo. Él es la Cabeza, no en razón de su naturaleza divina, sino en tanto que, en su naturaleza humana, primero en el orden de la vida divina, él reconcilia todas las cosas en él para su Padre (Col 2,7). Él infunde a todos los miembros de su Cuerpo su propia vida, llamándoles a ser hijos del Padre, bajo la acción del Espíritu, “enraizados y fundamentados en él” (Col 2,7)<sup>12</sup>.

En este contexto aflora la primera referencia a la sacramentalidad de la Iglesia: «La expresión paulina de “Cuerpo de Cristo”, *Corpus Christi*, designa al mismo tiempo a la Iglesia bajo su aspecto de realidad escatológica, en su vinculación con el Cristo glorificado, y la Iglesia bajo su aspecto de sociedad visible y “sacramental”»<sup>13</sup>. Nuestro dominico explica esta afirmación, añadiendo a renglón seguido que

la Iglesia sabe que ella es el pueblo del fin de los tiempos y el pueblo visible, sacramental, centrado sobre la Eucaristía, centrado también en torno a los apóstoles, que representan “sacramentalmente” a Cristo, agrupados ellos mismos en torno a Pedro, “sacramento” de su unidad (...). Ella sabe que es la Iglesia donde la vida en Dios ya está dada, pero que peregrina lejos del Señor y que espera el momento en el que el retorno del Señor la establecerá en su gloria<sup>14</sup>.

Por tanto, esta caracterización de la sacramentalidad de la Iglesia resulta de la combinación de las dos imágenes de Iglesia más clásicas, pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, que la centran “sacramentalmente” en la eucaristía. La primera imagen la sitúa en la perspectiva histórica, pueblo en camino que peregrina hacia el Señor, la sociedad visible, mientras que la segunda, en su dependencia del Cristo-cabeza y Señor glorificado, le confiere y otorga su dimensión escatológica.

Para cerrar esta reflexión sobre la Iglesia como nuevo pueblo de Dios, Le Guillou resalta su orientación a la salvación universal de la humanidad desde la creación del mundo y retoma su principio teológico fundamental: «Toda la historia aparece así centrada sobre el misterio de las bodas del Cordero (unidad perfecta con Dios, pero sin confusión) sobre el *misterio* en el sentido

10 Remito al estudio de Richi Alberti: *Teología del misterio. El pensamiento*, 73-138.

11 Cf. supra 31-54.

12 Supra 36.

13 Supra 39.

14 Supra 39. Estas afirmaciones de Le Guillou apelan a un trabajo de A. FRIDRICHSEN, “Église et sacrement dans le Nouveau Testament”: *Revue d'Histoire et Philosophie Religieuses* 17 (1937) 337-356.

paulino del término: reagrupación de la humanidad, múltiple y dividida por el pecado, en la unidad del Hijo de Dios para la gloria eterna del Padre»<sup>15</sup>.

Por tanto, estas consideraciones básicas sobre el misterio ponen de relieve el designio salvífico del Dios uno y trino, la realización histórica en la pascua de Jesucristo, resucitado y glorificado, y la Iglesia en camino hacia la vida eterna que anticipa aquí y ahora la plenitud de quien «realiza todo en todos» (Ef 1,23). Este es el marco teológico de una concepción sacramental de la Iglesia entretejido con los mimbres de la más genuina reflexión de nuestro dominico, como los había ya expuesto en *L'Église et le Mystère*, con el claro reconocimiento de que la Iglesia forma parte integrante del misterio en el acontecimiento de Cristo (Ef 3, 1ss).

Sobre las consecuencias de la noción de misterio para la renovación de la Iglesia abunda el texto titulado *Parole, Mystère, communion. Réflexions ecclésiologiques*, fechado en 1961, que presupone varios trabajos previos, — *Le fondement ecclésiologique de la mission et de l'unité, L'Église et le Mystère y L'esprit de l'Orthodoxie grecque et russe*—, en los que ya había analizado el significado bíblico y patrístico del misterio, y su pervivencia en la teología medieval y en Santo Tomás. No nos vamos a detener en ello. Con todo, merece la pena reflotar de entre los numerosos testimonios patrísticos aducidos unas palabras de León Magno que vuelven a su pluma en los trabajos sobre la sacramentalidad de la Iglesia para remachar su fundamento cristológico: «Ce qui a été manifesté dans le Christ est passé dans le mystère révélateur de l'Église»<sup>16</sup>.

15 Supra 41. Para el tema de las bodas del Cordero, véase: G. RICHI ALBERTI, "Las bodas del Cordero. Apuntes de eclesiología nupcial", en: *Les noces de l'Agneau*, 221-246. Sobre la noción paulina de misterio, como clave del pensamiento del p. Le Guillou, véase: *Teología del misterio. El pensamiento*, 77-79.

16 Cf. PL t. 54, col. 398, citado en *Palabra, Misterio y Comunión*, supra 141. Esta misma cita de S. León se lee en el artículo "La sacramentalité de l'Église", 21. Le Guillou recurre a esta misma página de S. León en *Por una paradoja*, «Quod Redemptionis nostrae conspicuum fecit, in sacramenta transit», supra 305.

Por tanto, podemos concluir que estas reflexiones sobre la visión mística de la Iglesia constituyen el sustrato de los trabajos posteriores, es decir, del tiempo conciliar e inmediatamente posconciliar, que arrancan de la convicción de que la noción de sacramento es la clave de la enseñanza del Vaticano II. De ahí, una tercera constatación para cerrar esta sección introductoria: este breve repaso y rápido recorrido por los *Textos sobre la Iglesia* permiten reconstruir, como en maqueta para una década de reflexión, el devenir intelectual de nuestro dominico, de manera que el planteamiento de la Iglesia-sacramento encuentra su matriz teológica en la teología del misterio. Porque Le Guillou nunca ha abandonado este horizonte místico, sino que lo ha hecho culminar en su gran síntesis de la doctrina conciliar: el rostro del Resucitado.

Podemos añadir, al mismo tiempo, que el lenguaje conciliar y las preocupaciones de la época posconciliar han incentivado en aquel *perito* del Vaticano II una reflexión más específica sobre la categoría de sacramento<sup>17</sup>. Así lo reflejan textos muy significativos ya mencionados, como *Hacia la plenitud católica*, o *Misión de Cristo, misión de la Iglesia, misión del cristiano*, que están concebidos como glosas a los documentos conciliares y dejan aflorar las dos preocupaciones eclesiológicas más persistentes en su pensamiento: el ecumenismo y la misión.

Desde estas premisas podemos proceder, como habíamos anunciado, al análisis del texto *Por una paradoja* que diseña, junto con el artículo publicado en *La Maison-Dieu* sobre *La sacramentalité de l'Église*, una reflexión detenida y llena de matices sobre la estructura sacramental del misterio de la Iglesia. Desde un punto de vista formal hay que señalar que el texto publicado en la revista está mucho más elaborado que la «larga conferencia». Por eso, nos servirá de guía, e iremos siguiendo los epígrafes que jalonan su exposición. Como veremos, estos dos textos formulan aspectos y cuestiones muy significativos que forman parte del programa teológico de *El rostro del Resucitado*.

17 Cf. «Le Guillou», en: M. QUINSKY – P. WALTER (eds.), *Personenlexikon zum Zweiten Vatikanischen Konzil* (Herder, Freiburg 2013) 163-164.

## 2. LA ESTRUCTURA SACRAMENTAL DEL MISTERIO DE LA IGLESIA EN LA DOCTRINA CONCILIAR

Los primeros comentarios del p. Le Guillou sobre la enseñanza conciliar arrancan de una valoración histórica que hace del Vaticano II «el concilio de Jerusalén para el mundo moderno»<sup>18</sup>. Nuestro intérprete insiste en esta correlación entre el Vaticano II y Jerusalén, como algo que corresponde a la mente de S. Juan XXIII, que en sus discursos presentó aquel primer sínodo como el escenario en que la Iglesia apostólica tuvo que afrontar el problema misionero más grave de su historia: bajo qué condiciones debían incorporarse los paganos a la comunión del Cuerpo de Cristo. El último concilio de la Iglesia católica romana ha sido un encuentro consigo misma, a veces, desconcertante, un momento emocionante para tomar conciencia de su propia realidad en el mundo moderno, como había hecho el concilio de Jerusalén para el mundo antiguo. El Vaticano II recupera en profundidad el sentido de la misión, de la proclamación del Evangelio, de la relación evangélica con los otros, cristianos, creyentes e increyentes.

En la constitución sobre la Iglesia ha quedado plasmada una visión renovada de la Iglesia para desempeñar con más fidelidad evangélica la misión que ha recibido de su Señor. A la luz de la revelación, bajo los auspicios de la constitución *Dei Verbum*, la Iglesia se abre al ecumenismo y a la misión, desde las orientaciones marcadas por la *Lumen gentium*, y corroboradas en la constitución pastoral *Gaudium et spes*, que la presentan como “el sacramento universal de salvación”<sup>19</sup>.

18 Así aparece en *La Constitución sobre la Iglesia*, supra 185, en *Hacia la plenitud católica*, supra 209, y en *El Rostro*, 70-71.

19 Cf. *La Constitución sobre la Iglesia*, supra 186.

### 2.1 Punto de partida: la Iglesia puesta en cuestión

Por tanto, el Vaticano II representa en primer término «una conciencia renovada de la sacramentalidad y de la historicidad de la Iglesia»<sup>20</sup>. Ahora bien, cuando Le Guillou examina la inmediata situación posconciliar del pueblo de Dios se topa con «una inesperada paradoja»: la renovación eclesial pretendida por el Concilio se ve confrontada con la difusa crisis espiritual que se detecta en las dificultades que muchos creyentes confiesan respecto a su misma pertenencia a la Iglesia. Esta escasa sensibilidad hacia el aspecto sacramental del misterio de la Iglesia es lo que moviliza estas reflexiones formuladas dos años después de la clausura del Vaticano II. Además, esta crisis espiritual que afecta directamente al misterio de la Iglesia tiene una especial repercusión en el ámbito de la liturgia, con el agravante de que nuestros contemporáneos sienten que la liturgia tiene muy poco que ver con su vida y con el mundo en el que viven. Así las cosas, la Iglesia y la liturgia corren el riesgo de perder todo su sentido.

La cuestión que afecta radicalmente a la sacramentalidad de la Iglesia entraña un doble interrogante: si como el Vaticano II ha afirmado, Cristo está presente y actuante en el mundo, ¿para qué la Iglesia? Y, en segundo lugar, si la humanidad está en el camino de la salvación por Jesucristo a través de la asunción y promoción de los valores humanos, ¿qué necesidad hay de la liturgia?<sup>21</sup> Le Guillou pretende salir al paso de esta crisis, afrontando estas cuestiones con calma, de manera que la reflexión sobre la vida de la Iglesia debe permitir una profundización en la vida litúrgica. Para ello recurre a la noción clave del Vaticano II, esto es, la Iglesia como sacramento.

20 Cf. *Hacia la plenitud católica*, supra 228. Sobre el tema de la Iglesia-sacramento, cita a G. MARTELET, “Horizon théologique de la deuxième session du Concile”: *Nouvelle Revue Théologique* 5 (1964) 449-468.

21 Cf. *Por una paradoja*, supra 298; “La sacramentalité de l’Église”, 13.

## 2.2 Misterio de Cristo y sacramento de salvación

Nuestro teólogo parte de una doble constatación: por un lado, las citas explícitas de la sacramentalidad de la Iglesia son poco numerosas (LG 1. 48; AG 1. 5; GS 45. 42; SC 5. 26); ahora bien, la noción de sacramento preside, *en su profundidad*, todos los documentos conciliares y les confiere unidad. El mismo texto conciliar nos indica cómo hay que entender la noción de sacramento, a saber, a la luz de la analogía o comparación de la Iglesia con el misterio del Verbo encarnado: «En efecto, así como la naturaleza humana asumida está al servicio del Verbo divino como órgano vivo de salvación que le está indisolublemente unido, de la misma manera el organismo social de la Iglesia está al servicio del Espíritu de Cristo, que le da vida para que el cuerpo crezca (cf. Ef 4, 16)» (LG 8).

En este punto conviene notar que Le Guillou reconduce las afirmaciones de la constitución *Lumen gentium* al axioma que había divulgado Henri de Lubac, «De même que le Christ est le sacrement de Dieu, de même l'Église est le sacrement du Christ»<sup>22</sup>, un aserto que corrobora con la afirmación de S. Agustín: «*Non est aliud mysterium nisi Christus*»<sup>23</sup>. Nuestro teólogo pone el acento en la vinculación entre la encarnación y el misterio, un aspecto que apuntala recurriendo a la constitución dogmática *Dei Verbum*, en su parágrafo 4, donde el Concilio explica cómo la revelación consiste en la totalidad de la presencia y de la manifestación de Dios en el mundo, en obras y palabras, de modo que verle a él es ver al Padre (cf. Jn 4,9)<sup>24</sup>.

Cristo es el acontecimiento de salvación. Cristo es el misterio. Pablo VI, en su discurso inaugural de la segunda etapa conciliar (29 de septiembre de 1963) y en su encíclica *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964) se refirió al

22 Cito en su literalidad el texto *Por una paradoja*, supra 300. El texto de “La sacramentalité de l'Église”, 15-16, introduce en ambas afirmaciones la cláusula «pour le monde». En *El Rostro*, 167 se lee: «Al igual que Jesucristo es, en su humanidad, el sacramento de Dios, la Iglesia es el sacramento de Jesucristo».

23 Ep. 187, 11, 34 (PL t. 33, col. 845). Cf. C. COUTURIER, “*Sacramentum et mysterium dans l'oeuvre de saint Augustin*”, en: H. RONDET, *Études augustinienes* (Aubier, París 1953) 161-332.

24 Esta digresión se encuentra en “La sacramentalité de l'Église”, 16-17.

término «misterio», que fue precisado por Monseñor Charue en el informe oficial sobre el capítulo primero de *Lumen gentium* (16 de septiembre de 1964): «La palabra misterio no se refiere únicamente a algo que uno no puede conocer o que es difícil de comprender: designa, como la mayoría reconoce hoy día, una realidad divina, trascendente y portadora de la salvación, que se hace en cierta forma visible»<sup>25</sup>.

En otras palabras: el misterio es la irrupción de lo trascendente en lo immanente, de lo eterno en el presente encarnado. Los Padres griegos y los grandes pensadores medievales nos han enseñado que la humanidad de Cristo es el *instrumento de su divinidad*, el medio para establecer el diálogo entre el Hijo de Dios y los seres humanos. Por tanto, Cristo es el acontecimiento de la salvación para el mundo. Es el momento de reparar —dice Le Guillou— en una expresión muy querida para la constitución pastoral: *salvación para el mundo*. Dice en la introducción que el mundo que el Concilio tiene ante los ojos es «el mundo de los hombres», «toda la familia humana con la universalidad de las realidades entre las que ésta vive», «el mundo, teatro de la historia del género humano», «el mundo creado y conservado por el amor del Creador, colocado bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado» (GS 2). En definitiva, se trata esencialmente del mundo de los hombres, que también incluye el mundo físico que forma parte del destino humano y de su consumación.

## 2.3 La Iglesia sacramento de salvación a imagen del Siervo

La Iglesia está llamada a revelar al mundo el misterio de su Señor, es decir, el ingreso de Dios por Jesucristo en la historia de la salvación. En su mismo ser, la Iglesia es signo del acontecimiento de la salvación presente y activo en el mundo por la comunicación del Espíritu Santo. De ahí que Pablo también llama «misterio» a la Iglesia (cf. Ef 3,8-11; 5, 32). En ella percibimos la presencia velada, pero real y eficaz, del «Dios salvador» (1ª Tm 3,5). Esta presencia se manifiesta de manera eminente en la celebración eucarística.

25 Cf. *Por una paradoja*, supra 301; “La sacramentalité de l'Église”, 17-18; *El Rostro*, 166.



En este contexto, Le Guillou apela a uno de los pasajes más bellos de la constitución sobre la Iglesia, LG 48, que «asocia estructuralmente la noción de sacramento a la noción de cuerpo de Cristo y a la comunicación del Espíritu Santo: la Iglesia es la profecía en acto de que el mundo entero será renovado»<sup>26</sup>. Esta dimensión fundamental de la Iglesia como sacramento de salvación encuentra una explicitación en la eucaristía. En la perspectiva de la constitución sobre la Liturgia, escribe nuestro dominico: «La Iglesia es la asamblea en la cual, por obra del Espíritu Santo, el pasado, Jesucristo, en su Pascua de salvación, se hace presente de cara al futuro escatológico del mundo»<sup>27</sup>. Queda así abierta una rápida reflexión sobre la relación entre eucaristía e Iglesia que se sustancia en estas afirmaciones: «Por tanto en la eucaristía la Iglesia manifiesta plenamente su encuentro con Cristo, al tiempo que revela la realidad última del mundo. Ésta es el signo de la culminación del mundo en Cristo, su renovación definitiva al final de los tiempos». En conclusión:

Llamada a “revelar al mundo fielmente su misterio”, es decir, el misterio del Señor (LG 8), la Iglesia es palabra y signo para el mundo entero (LG 27), es el signo sensible que realiza aquello que manifiesta: la misión de reconciliación y de comunión por la que el Padre ha enviado a Cristo<sup>28</sup>.

La Iglesia es el signo sensible, escogido por Dios, para expresar en la historia humana su voluntad eterna de salvar a la humanidad entera y al mundo. Es, por tanto, la forma sensible que toma la gracia divina en la prosecución del designio de salvación que inició la encarnación del Hijo de Dios. La Iglesia es el lugar en el que el pasado —Jesucristo en el misterio pascual— se hace presente por el Espíritu Santo que abre el futuro escatológico del mundo. En las palabras de León Magno que hemos citado anteriormente: «*Quod Redemptionis nostrae conspicuum fecit, in sacramenta transit*» («Ce qui a été manifesté

26 *Por una paradoja*, supra 303; “La sacramentalité de l’Église”, 20.

27 *Por una paradoja*, supra 304; “La sacramentalité de l’Église”, 20; *El Rostro*, 167.

28 *Por una paradoja*, supra 304; “La sacramentalité de l’Église”, 20-21; *El Rostro*, 167.

dans le Christ est passé dans le mystère révélateur de l’Église»)<sup>29</sup>. En otras palabras: la Iglesia es el signo de la venida de la gracia divina en Jesucristo, el espacio desde el que el mundo presente espera su destino escatológico.

Llegados a este punto, se puede constatar la mayor elaboración del artículo de *La Maison-Dieu, La sacramentalité de l’Église*, respecto a la conferencia inédita *Por una paradoja inesperada*. En el artículo la reflexión sobre la Iglesia-sacramento se ve completada y clausurada con una especie de corolario que obedece al lema de «La Iglesia sacramento del Siervo» y anticipa así unas páginas de *El rostro del Resucitado* conforme a esta lógica: «Si la Iglesia es el sacramento de Jesucristo, podemos concluir con facilidad que, a imagen del *Siervo*, es por naturaleza la *Sierva* cuya felicidad es comulgar con la voluntad del Padre de salvar a todos los hombres»<sup>30</sup>. Por tanto, ha de actuar a imagen del Cristo pobre, haciendo el bien, siendo la presencia sacramental del amor que Dios tiene a cuanto ha creado.

## 2.4 Un misterio de generación espiritual en el corazón del mundo

La reflexión de Le Guillou se adentra, seguidamente, en la problemática de la paradoja que se establece entre la particularidad y limitación del pueblo de Dios, «pueblo mesiánico» (cf. LG 9), y su vocación universalista o catolicidad (cf. LG 13). En esta perspectiva la Iglesia es el germen y semilla de una salvación que envuelve al mundo entero. Esta es «la paradoja fundamental y permanente en la historia de salvación»: el pueblo de Dios ha nacido de «la singularidad de una elección libre e imprevisible que hace de un hombre o un grupo de hombres la prenda de la integración de toda la humanidad en la unidad»<sup>31</sup>. Por consiguiente,

29 Cf. PL t. 54, col. 398, citado en *Por una paradoja*, supra 141, y en “La sacramentalité de l’Église”, 21.

30 “La sacramentalité de l’Église”, 22-24; *El Rostro*, 168-169. No obstante, en *Por una paradoja*, supra 312, se lee otra reflexión paralela sobre la Iglesia *Sierva* del designio de Dios Padre, como intención más profunda de la constitución pastoral *Gaudium et spes*.

31 *Por una paradoja*, supra 306; “La sacramentalité de l’Église”, 25; *El Rostro*, 154.

en el corazón del mundo, el pueblo de Dios representa verdaderamente un misterio de generación espiritual que le supera y que, desde los orígenes, envuelve totalmente la humanidad. La historia de la humanidad, como la del universo, a la que la Iglesia está ligada, brota para resurgir del misterio de la eterna paternidad de Dios. Desde el origen, tiene el horizonte de una catolicidad que sola define la paternidad de Dios<sup>32</sup>.

Son ideas que aparecen en el capítulo séptimo de *El rostro del Resucitado*, dedicado a «La Iglesia, irradiación del rostro», que arranca de la consideración de la Iglesia como ese misterio de generación espiritual en el corazón del mundo y desembocan en el epígrafe titulado «sacramento universal de salvación»<sup>33</sup>. Este misterio de generación espiritual en el corazón del mundo comienza con la encarnación de Jesucristo. Al realizar la encarnación en el seno del pueblo elegido, Dios asume completamente la humanidad en la vida de su Hijo:

Por tanto, en Cristo, que “fue instituido como Hijo, al frente de la casa de Dios” (Hb 3,6; Hb 1,2), primogénito en quien se revela la fidelidad total de Dios a su pueblo, se crea definitivamente el pueblo de Dios, portador y testigo de la salvación, “un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios” (1 Pe 2, 9-10)<sup>34</sup>.

Toda la vida del pueblo de Dios así constituido depende del misterio del Hijo, porque solo la acción de Cristo, la Palabra de Dios, significada y realizada en los sacramentos, da su forma al pueblo de Dios. Gracias a la efusión del Espíritu, el pueblo de Dios se convierte en el cuerpo de Cristo y en el templo del Espíritu Santo. Por tanto, cuando Pablo aplica el término de cuerpo de

32 *Por una paradoja*, supra 307; “La sacramentalité de l’Église”, 26; *El Rostro*, 156.

33 Cf. *ibid.*, 154-165, donde ha desarrollado con más detenimiento estas ideas formuladas a modo de tesis breves en *Por una paradoja*, supra 299-302, y en “La sacramentalité de l’Église”, 26-28.

34 *El Rostro*, 157; *Por una paradoja*, supra 307; “La sacramentalité de l’Église”, 26.

Cristo a la Iglesia se está refiriendo al cuerpo único, «el cuerpo personal de Cristo muerto y resucitado, principio de una nueva creación que reúne en Él en el Espíritu, por medio de los sacramentos y principalmente de la eucaristía, al conjunto de los creyentes»<sup>35</sup>. Dios mismo es quien convoca a los fieles y los une en un cuerpo por medio del Espíritu. Es, por ello, una unidad que tiene un origen divino. El razonamiento de nuestro dominico avanza hacia esta conclusión: «La realidad escatológica de la Iglesia se manifiesta así en la incorporación a Cristo que ejerce sobre su cuerpo su supremacía jerárquica y que es en el Espíritu el principio vital de la conexión orgánica de todo el cuerpo»<sup>36</sup>.

Desde esta condición de cuerpo visible, «el pueblo de Dios tiene por vocación buscar la unidad de todo el género humano»<sup>37</sup>. La Iglesia, que anuncia proféticamente la realización anticipada de la recapitulación de todas las cosas en Cristo, es «el principio de reunión de toda la humanidad en la plenitud de Cristo». En la Iglesia la acción de Dios toma cuerpo para universalizarse en la humanidad entera. Aquí se percibe el significado de la Iglesia como sacramento universal de salvación: «En el corazón de la historia humana, la Iglesia es el lugar donde Dios está obrando en el mundo hasta el final de los tiempos para engendrar a su pueblo» (...). «El pueblo de Dios, abierto a la catolicidad del mundo, signo de la unidad de la humanidad entera, es, por lo tanto, *la expresión del misterio*, es decir, *la manifestación de la sabiduría divina que es Jesucristo, revelador y realizador del designio de Dios*»<sup>38</sup>.

Por consiguiente, en razón de su concepción sacramental del misterio de la Iglesia, el Concilio entiende que la acción de Jesucristo desborda a la Iglesia visible por todos los lados. Desde la estructura sacramental que la define, la Iglesia está abierta a toda la humanidad que Cristo ha venido a salvar,

35 *El Rostro*, 157; *Por una paradoja*, supra 307-308.

36 *El Rostro*, 163-164; *Por una paradoja*, supra 308; “La sacramentalité de l’Église”, 26.

37 *El Rostro*, 165; *Por una paradoja*, supra 308; “La sacramentalité de l’Église”, 26.

38 *El Rostro*, 165; *Por una paradoja*, supra 309; “La sacramentalité de l’Église”, 27.

de modo que «ella la llama a vivir en el Espíritu el misterio de comunión que su pertenencia sacramental a la Iglesia significa»<sup>39</sup>.

## 2.5 El valor de la Iglesia como *signo* y como *rostro de Cristo*

Acabamos de subrayar la acción universal de Cristo, Sabiduría creadora y recreadora, y de su Espíritu en todos los hombres. Ahora bien, esto no significa relativizar la Iglesia, sino poner de manifiesto su *significación*. Quienes viven en el mundo pagano o en otras religiones no cristianas, se ven alcanzados, sin saberlo, por la gracia divina, pero esperan aún la Palabra de Dios que les liberará plenamente. Por su parte, la Iglesia siente la necesidad de transmitir su propio misterio, que la habita y la desborda. Según la constitución pastoral, existe una relación de todo hombre con el misterio de Cristo, pues «por su encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo con todo hombre» (GS 22).

Además, el camino abierto por Cristo, con su vida y con su muerte, vale «no sólo para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos, de una manera que sólo Dios conoce, la posibilidad de ser asociados al misterio pascual» (GS 22).

En la Iglesia Dios muestra el esbozo deficiente, pero real, del reino que verá la luz plena al final de los tiempos. En la Iglesia, que es la institución nacida del acontecimiento de Cristo y de su voluntad, Dios hace visible su designio de salvación. Así, el devenir del mundo encuentra su sentido último en Jesucristo. En las atinadas palabras de Clemente de Alejandría: «Así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia»<sup>40</sup>.

El p. Le Guillou glosa estas palabras insistiendo en la idea de que la Iglesia es la nueva creación y en ella se desvela el sentido de la antigua: «Preparada por la creación y el despliegue de la historia de Israel, suscitada en el mundo y el tiempo por la encarnación y la muerte sobre la cruz y la exaltación de Jesucristo, ella viene a desvelar la plenitud de la sabiduría divina que estaba actuando desde antes de la creación del mundo». Además, la Iglesia alberga el designio de Dios de recapitular todas las cosas en Cristo, de modo que esta *renovatio mundi* hace de ella «la proclamación y la realización regia del amor paternal de Dios a la humanidad»<sup>41</sup>. La Iglesia es la presencia del amor creador y salvador del Padre en el espesor de la realidad humana. Constituida en sacramento de salvación del mundo, la Iglesia no puede amar y servir a Dios en verdad sino en la medida en que ama y sirve a los hombres en verdad. De estas consideraciones sobre la vocación de la Iglesia se desprende una consecuencia de extremada importancia:

Todas sus estructuras están completamente subordinadas a la realidad que manifiesta, es decir, al misterio de Cristo. La estructura visible y societaria de la Iglesia no es más que el signo y el medio de la acción de Jesucristo en el Espíritu. Como decían los grandes teólogos de la Edad Media: lo que constituye la Iglesia a título de principio es el Espíritu Santo en los corazones. Todo el resto (jerarquía, papado, eucaristía, sacramentos) no está más que al servicio de esta transformación interior<sup>42</sup>.

Estas afirmaciones no devalúan la importancia de la institución societaria, sino que vienen a recordar que el valor propio de la Iglesia como signo procede de su verdad espiritual. En otras palabras: «Toda su consistencia proviene de su relación con Cristo en quien, por quien y para quien es un

39 *Por una paradoja*, supra 313; «La sacramentalité de l'Église», 27.

40 *Por una paradoja*, supra 313; «La sacramentalité de l'Église», 29; *El Rostro*, 171.

41 *Por una paradoja*, supra 314; «La sacramentalité de l'Église», 29.

42 *Ibíd.*, 30; *El Rostro*, 172.

signo (...). Conforme a su disponibilidad al Espíritu, la Iglesia manifiesta más o menos profundamente *el rostro de Cristo*<sup>43</sup>.

Estas afirmaciones reposan, en último término, sobre un pasaje de *Lumen gentium* que habla de la santidad, es decir, de la presencia en el seno de la Iglesia de creyentes que viven de forma privilegiada la interioridad de su misterio:

En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (cf. 2 Cor 3, 18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos Él mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. Heb 12, 1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio (LG 50)<sup>44</sup>.

A continuación, antes de abordar las cuestiones mayores sobre la crisis de la Iglesia y sobre el sentido de la liturgia, el p. Le Guillou resumía en varias tesis lo adquirido en las reflexiones precedentes<sup>45</sup>: en primer lugar, al hilo de la cláusula, «de même que le Christ est pour le monde le *visage* du Père, l'Église est pour le monde le *visage* du Christ», sentenciaba que toda la obra del Concilio se puede resumir a partir de esta perspectiva del rostro (*visage*). La Iglesia significa a Cristo para el mundo. En segundo lugar, la Iglesia es «el sacramento de la fraternidad del mundo»; ahora bien, como se dice en GS 43, la sacramentalidad no impide las faltas de la Iglesia, es decir, sus infidelidades al Espíritu de Dios. Finalmente, la Iglesia es «el sacramento de la libertad»<sup>46</sup>, ya que expresa el carácter inalienable de una santidad que es la santidad de Cristo.

43 "La sacramentalité de l'Église", 30; *El Rostro*, 172.

44 "La sacramentalité de l'Église", 30; *El Rostro*, 173.

45 Cf. *Por una paradoja*, supra 315; "La sacramentalité de l'Église", 31-32.

46 *El Rostro*, 196.

## 2.6 Reflexiones sobre el porvenir de la liturgia

Entramos en la sección final de las reflexiones vertidas en *Por una paradoja* y en *La sacramentalité de l'Église*. El estudio de la sacramentalidad debe ofrecer una respuesta a las cuestiones planteadas al principio, sobre todo en lo que toca a la liturgia. El primer punto en esta reflexión final establece que la liturgia no está ligada a una antropología determinada; su afirmación básica es que Dios se revela como amor en la vida humana concreta y en situaciones históricas concretas. Nuestra fe en Dios debe expresarse en nuestro mundo y no a través de una imagen periclitada que impediría una comprensión de la Iglesia. Dios se ha revelado a través de un lenguaje concreto, a través de acontecimientos, de símbolos y de signos. En esta línea, el dominico francés sugería elaborar una teología del rostro y del encuentro porque, en definitiva, a través de las criaturas percibimos la presencia oculta de Dios<sup>47</sup>.

Cuando se habla del misterio de la Iglesia, los textos conciliares nos remiten a varias figuras, presentes en el Antiguo y en el Nuevo Testamento (cf. LG 6). Ahora bien, todas estas imágenes quedan referidas a Jesucristo, la imagen de Dios. La teología ortodoxa nos ha enseñado a percibir la riqueza del símbolo, una vía importante para renovar la liturgia.

Al pensar en el porvenir de la liturgia conviene tomar en consideración un aspecto importante del misterio de la Iglesia que está expresado, como un hilo conductor, en la constitución pastoral *Gaudium et spes*: el lazo misterioso entre la espera de los hombres y la esperanza escatológica del fin de los tiempos. En la liturgia la Iglesia debe celebrar la preparación del porvenir de la humanidad. Esto implica una toma de conciencia de la relación entre la vida y la liturgia<sup>48</sup>.

Toda la vida de la Iglesia es al mismo tiempo sacrificio a Dios en Cristo y misión en el mundo. En la perspectiva del sacerdocio bautismal de todos los cristianos, adoración y misión son las dos caras de la misma moneda. Cuando el cristiano participa en la liturgia debe ser capaz de percibir que su interven-

47 Cf. *Por una paradoja*, supra 316-317; "La sacramentalité de l'Église", 32-34.

48 Cf. *Por una paradoja*, supra 318; "La sacramentalité de l'Église", 35-36.

ción en la celebración compromete realmente toda su vida. En la conclusión de su artículo el p. Le Guillou escribe que la sacramentalidad de la Iglesia implica una doble fidelidad: una fidelidad a Dios y una fidelidad al hombre<sup>49</sup>.

### 3. CONCLUSIÓN: «LLAMADA A REVELAR EN EL MUNDO EL MISTERIO DE CRISTO»

Esta lectura al alimón de la conferencia *Por una paradoja* y del artículo sobre *La sacramentalité de l'Église* muestra que estos dos textos anticipan aspectos fundamentales del capítulo séptimo de *El rostro del resucitado*, titulado «La Iglesia, irradiación del rostro», que recorre un itinerario en estos tres pasos: 1) En el corazón del mundo, un misterio de generación espiritual; 2) En Jesucristo por el Espíritu, el pueblo de Dios recibe su forma específica; 3) Sacramento universal de salvación<sup>50</sup>. Nuestro análisis viene a poner de manifiesto que el p. Le Guillou forma parte del grupo de teólogos que considera la noción de Iglesia-sacramento como una clave fundamental para la comprensión de la eclesiología impulsada por el Concilio Vaticano II. En este sentido P. Smulders ha dejado escrito que «la palabra sacramento aplicada a la Iglesia es la clave que abre la puerta a una nueva concepción eclesiológica»<sup>51</sup>. Sin embargo, M.-J. Le Guillou no suele aparecer mencionado entre aquellos teólogos que, como H. de Lubac, O. Semmelroth, K. Rahner, Y. Congar, J. Ratzinger, E. Schillebeeckx, H. U. von Balthasar, han impulsado la reflexión sobre la comprensión sacramental del misterio de la Iglesia<sup>52</sup>.

49 Cf. «La sacramentalité de l'Église», 38.

50 Cf. *El Rostro*, 153-173.

51 Cf. P. SMULDERS, «La Iglesia como sacramento de salvación», en: G. BARAÚNA (ed.), *La Iglesia del Vaticano II. Estudios en torno a la Constitución conciliar sobre la Iglesia*, vol I., (Juan Flors editor, Barcelona 1966) 377-400; aquí: 378. Sobre la sacramentalidad como principio hermenéutico de la eclesiología, véase: S. PIÉ NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Sígueme, Salamanca 2007) 175-210.

52 Así ocurre de manera ejemplar en dos obras muy significativas: Á. ANTÓN, «La eclesiología de la Iglesia sacramento radical», en: ÍD., *El misterio de la Iglesia. Evolución histórica de las ideas eclesio-*

La formulación de la sacramentalidad de la Iglesia por parte de Le Guillou, —«De même que le Christ est pour le monde le *sacrement* de Dieu, de même l'Église est pour le monde le *sacrement* du Christ»—, tiene una gran proximidad a las formulaciones pioneras de Henri de Lubac. En su obra *Catolicismo* (1938), el jesuita francés había afirmado: «Si Cristo es el sacramento de Dios, la Iglesia es para nosotros el sacramento de Cristo, ella le representa, según toda la antigua fuerza del término: nos lo hace presente en verdad»<sup>53</sup>. La originalidad y peculiaridad de su planteamiento ha quedado plasmada en una leve modificación de la cláusula puesta en el punto de partida: «De même que le Christ est pour le monde le *visage* du Père, l'Église est pour le monde le *visage* du Christ». El lenguaje del *sacrement* ha sido retraducido al lenguaje del *rostro*: «Sacramento de Jesucristo para el mundo, la Iglesia, a través de la contemplación de su Señor, refleja en su rostro el misterio de Dios»<sup>54</sup>.

Por tanto, su originalidad y peculiaridad va dada en estos dos aspectos que nuestro análisis ha intentado poner de relieve: por un lado, el encuadre en el misterio trinitario, fundado sobre los textos neotestamentarios acerca del misterio; por otro, el prisma cristológico a través del cual nuestro dominico lo contempla todo: *el rostro del Resucitado*. De esta forma actualiza e intensifica la fórmula de S. Agustín: «*Non est aliud mysterium nisi Christus*». Para nuestro teólogo, al igual que en el planteamiento de H. U. von Balthasar, el principio de la sacramentalidad de la Iglesia está totalmente subordinado a la sacramentalidad de Cristo. Cristo es «el sacramento de la salvación del mundo». Por otro lado, Le Guillou se muestra convencido de que «toda la obra del Concilio se puede resumir a partir de esta perspectiva del rostro».

*lógicas*. II. *De la apologética de la Iglesia-sociedad a la teología de la Iglesia-misterio en el Vaticano II y en el posconcilio* (BAC, Madrid 1987) 760-831; J. MEYER ZU SCHLOCHTERN, *Sakrament Kirche. Wirken Gottes im Handeln der Menschen* (Freiburg – Basel – Wien, Herder 1992), que traza una síntesis recurriendo a O. Semmelroth, K. Rahner, J. Ratzinger, L. Boff, L. Scheffczyk, H. Zirker, J. Pottmeyer.

53 H. DE LUBAC, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma* (Estela, Barcelona 1963) 56. Cf. J. RATZINGER, «La Iglesia como sacramento de salvación», en: ÍD., *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental* (Herder, Barcelona 1985) 49-62.

54 *El Rostro*, 173.

Ahí desemboca su lectura de los textos del Vaticano II (LG 1.48; AG 1.5; GS 42.45; SC 5.26) que hablan de la sacramentalidad.

El dominico francés desarrolla sus afirmaciones a partir de la analogía del Verbo encarnado expuesta en el párrafo 8 de *Lumen gentium*, es decir, cuando el Concilio hace la traslación del dogma cristológico de Calcedonia a la doctrina eclesiológica. También de forma original establece la idea del pueblo de Dios, abierto a la catolicidad del mundo y signo de unidad de la humanidad, para ser sacramento universal de salvación, releyendo los párrafos 9 y 13 de *Lumen gentium*. Todo se encamina al artículo 48 de la constitución sobre la Iglesia: Jesucristo, «al resucitar de entre los muertos (cf. Rom 6, 9), comunicó su Espíritu vivificante, por medio del cual constituyó su cuerpo, que es la Iglesia, como sacramento universal de salvación».

Esta reflexión sobre la sacramentalidad de la Iglesia, inspirada en los textos del Vaticano II, comparte con la teología de K. Rahner el mismo deseo y la misma preocupación de superar el divorcio entre liturgia y vida, esa impresión de muchos cristianos contemporáneos de que la Iglesia, su predicación y sus sacramentos pertenecen a un ámbito sacral especial sin conexión con la realidad del mundo profano<sup>55</sup>. Para concluir echemos mano de unas palabras de *El rostro del Resucitado* que ofrecen una bella síntesis:

Definir la Iglesia como sacramento es, pues, desde el punto de vista de su vínculo con Cristo, volviendo al sentido genérico fundamental de esta palabra de sacramento, comprenderla en la línea misma de la economía de la salvación en función del sacramento por excelencia que es la humanidad de Cristo y como sujeto de todos los sacramentos, “lugar de los sacramentos cristianos”, o “sacramento de sacramentos”<sup>56</sup>.

55 Cf. W. KASPER, “La Iglesia, sacramento universal de salvación”, en: ÍD., *Teología e Iglesia* (Herder, Barcelona 1989) 325-350.

56 *El Rostro*, 167.

LA PIENEZZA CATTOLICA.

UNA CATEGORIA CENTRALE DEL  
PENSIERO DI MARIE-JOSEPH

LE GUILLOU

Michele Taba (UESD)

#### I. ORIGINE DELL'ESPRESSIONE

In pieno secolo XIX, John Henri Newman, nel contesto della disputa con Milman su quale fosse la forma di cristianesimo storico più rispondente al Vangelo, introduce una categoria destinata a essere ripresa dal rinnovamento teologico del secolo XX e poi ratificata dal Concilio Vaticano II: